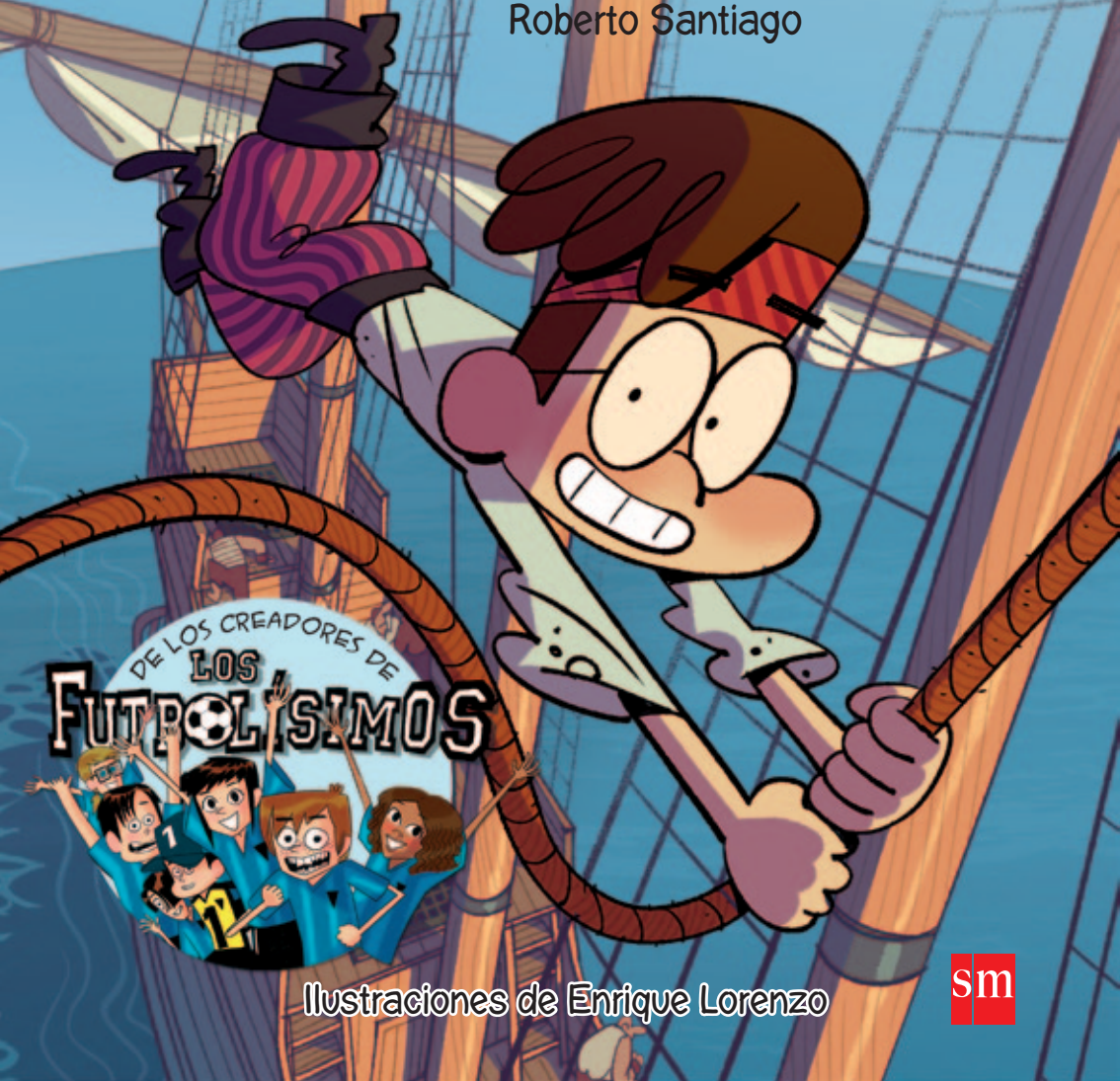


# LOS FORASTEROS DEL TIEMPO



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA  
EN EL GALEÓN PIRATA

Roberto Santiago



DE LOS CREADORES DE  
LOS  
FUTPOLÍSIMOS

Ilustraciones de Enrique Lorenzo

sm

Primera edición: octubre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo  
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2017  
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2017  
© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-2320-1  
Depósito legal: M-24109-2017  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







A lo mejor habéis oído hablar de mí.

Mi nombre es Sebastián Balbuena, tengo once años recién cumplidos y soy de un barrio de Madrid que se llama Moratalaz.

En mi colegio, casi todos me llaman Sebas.

Sin embargo, en el lugar donde estoy ahora me llaman de otra forma.

Me llaman...

El Pequeño Corsario.

Glups.

Ya sé que puede sonar un poco raro, pero es la verdad.

Estoy muy lejos de mi colegio.

Me encuentro... ¡a bordo de un auténtico galeón pirata!  
En mitad del mar.  
El capitán del barco fue el que me puso ese nombre.  
Es el pirata más temible de todos los tiempos:  
Capanegra.  
A lo mejor hay otros piratas más famosos.  
Pero ninguno es como Capanegra.  
Tiene el récord de barcos robados en alta mar.  
Y de puertos saqueados.  
Nadie es tan astuto como él.  
No se parece a otros piratas.  
No tiene una pata de palo. Ni lleva un parche en el ojo. Ni un loro sobre el hombro. Nada de eso.  
Capanegra es un pirata... elegante.  
Lleva una barba perfectamente cuidada.  
Una larga coleta.  
Y siempre viste de negro. Las botas, los pantalones, el cinturón, la camisa y, por supuesto, su legendaria capa.  
Todo de color negro.  
Incluso su sombrero es negro.  
En estos momentos, estoy subido al mástil de la vela mayor del galeón.  
Delante de mí puedo ver el océano.  
Inmenso.

Azul.

La bandera con la calavera ondea justo a mi espalda.

Siento el viento sobre el rostro.

Tengo la sensación de que soy invencible.

Estoy dispuesto a surcar los siete mares a las órdenes de Capa-  
negra.

Descubrir tesoros increíbles.

Nada ni nadie puede detenerme.

Escucho una voz a lo lejos.

Una voz que no distingo bien.

Tal vez son las sirenas de la isla de la Tortuga.

O el capitán llamándome desde su camarote.

O incluso puede que se trate del contramaestre del barco.

Presto atención y por fin puedo distinguir la voz:

–¡Sebas, baja ahora mismo a merendar!

¿Eh?

El que grita es...

Mi padre.

Está de pie junto al timón.

Haciéndome señas.

–¡Que bajes te digo! –insiste.

Me muestra un objeto que lleva en la mano derecha.

Desde mi posición no distingo de qué se trata.

¿Un catalejo?

¿Un pergamino?

¿Una brújula?

—¡Te he preparado un bocadillo de salchichón! —exclama mi padre—. ¡Tu favorito!

Hummmmmmmmm.

Qué dilema.

El capitán Capanegra me ha encargado una misión.

Vigilar el horizonte.

Por si acaso aparece un buque de la armada inglesa.

En caso de que ocurra, tengo que dar la voz de alarma.

Es una gran responsabilidad: no puedo abandonar mi puesto por nada del mundo.







Ni siquiera por un bocadillo de salchichón.

–¡Le he puesto mantequilla de cacahuete! –insiste mi padre–.  
¡Venga, baja de una vez!

Salchichón... y mantequilla de cacahuete.

Es muy difícil resistirse a algo así.

Incluso para el Pequeño Corsario.

Además, tengo muchísima hambre.

Al fin y al cabo, por unos minutos no creo que pase nada.

El mar está tranquilo.

No se divisa nada a nuestro alrededor, solo agua por todas partes.

¡Decidido!

Me agarro a la cuerda y me deslizo poco a poco, tal y como me ha enseñado el contramaestre Cokran.

Hasta que por fin llego abajo.

Delante de mi padre.

Agarro el bocadillo.

Noto que se me hace la boca agua.

Me preparo para hincarle el diente.

Y justo en ese preciso instante...

¡BUUUUUUUUM!

Un cañonazo impacta contra el galeón.

Me doy la vuelta.

A lo lejos aparece un barco imponente.

Una nave enorme.

No sé de dónde ha salido.

¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Inmediatamente, el contramaestre aparece en cubierta gritando:

–¡A sus puestos! ¡Rápido! ¡Zafarrancho de combate!

La tripulación al completo corre por todas partes.

Medio centenar de marineros se preparan para la batalla.

¡BUUUUUUUUUUM!

Otro cañonazo impacta contra el galeón.

Como sigan disparando, van a hundir el barco antes de que podamos reaccionar.

El capitán asoma con el rostro desencajado, colocándose el sombrero y haciendo un movimiento con su larga capa.

Me señala con cara de pocos amigos.

Y me pregunta:

–¿Por qué demonios no has dado la señal de alarma?

No sé qué contestar, la verdad.

–Perdone, capitán –interviene mi padre–. Ha sido culpa mía: yo le he llamado para que bajara a merendar...

–¡Por los antepasados de Barbarroja! –grita fuera de sí–. ¡Un marinero jamás abandona su puesto! ¡Tendré que echarte a los tiburones, Pequeño Corsario!

Capanegra nunca bromea.

Y menos con los tiburones.

Empiezo a temblar de miedo solo de pensarlo.

¡BUUUUUUUUUUUUUUUUM!

¡Un tercer cañonazo destroza uno de los mástiles, que se parte y cae sobre la cubierta!

El caos y el desorden se apoderan del galeón.

Todo el mundo corre.

Hay gritos.

Golpes.

Empujones.

El capitán exclama:

–¡Contramaestre, vire a estribor! ¡A toda velocidad!

–¡El timón no responde, capitán! –advierte Cokran.

El contramestre Cokran es muy delgado y lleva un viejo pañuelo cubriéndole la cabeza. Cuando abre la boca, se puede ver un diente de oro brillando en su interior.

–¡Hay que arreglarlo y salir de aquí como sea! –insiste Capa-negra–. ¡Esto es un infierno!

–¡Sí, capitán!

El capitán me echa una última mirada y murmura:

–Primero acabaré con esos malditos bribones... y después me encargaré de ti.

Y desaparece de mi vista.

No sé qué hacer.

Me doy cuenta de que ya no tengo el bocadillo entre las manos.

Del impacto de los cañonazos, se me ha caído al suelo.

Bajo la vista y veo el pan tirado sobre la cubierta, las rodajas de salchichón desparramadas.

Ayyyyyyyyy...

Me da mucha pena todo.

El bocadillo.

Los piratas.

Los cañonazos.

Me pregunto cómo he podido llegar a esta situación.

Un buen día estaba en mi casa de Moratalaz tranquilamente.

Y unas semanas después...

¡Estoy en un galeón rodeado de feroces piratas bajo el fuego de los cañonazos!